

NADIE PUEDE  
CAMBIAR  
EL PASADO

**LUIS EXPÓSITO**

# ÍNDICE

Prólogo .....	7
I. 15 de septiembre de 1936.....	11
II. Masacre .....	30
III. La gran ocasión .....	40
IV. Cortejo y sentimiento .....	72
V. La soledad del camino .....	101
VI. 1921 Bautismo de fuego.....	120
VII. Infierno y gloria .....	150
VIII. Amor y conciencia de clase .....	178
IX. Madrid .....	218
X. El frente y la retaguardia .....	257
XI. Cambio de rumbo .....	286
XII. Reencuentros .....	309
XIII. La misión.....	335
XIV. El retorno.....	364
XV. Ultramar .....	387
XVI. El fin de un sueño .....	409
XVII. La esperanza .....	431
XVIII. Fregenal .....	460
XIX. Mateo .....	483
Agradecimientos .....	511

## PRÓLOGO

En la pequeña ciudad en que nací y viví hasta mi adolescencia se hablaba en voz baja de la Guerra Civil. Por mi casa, que en los años cincuenta y sesenta tenía jardín, cuadra, gallinero y gorrinera, aparecía cada año el tío de mi amigo Juanito. Era el matarife encargado de acabar con la vida del cerdo que mi madre alimentaba a diario con pienso y las sobras de las comidas. Aunque su nombre oficial y público era Esteban, su madre –represaliada de la guerra– le llamaba de vez en cuando Lenín; dicho así, con acento. Yo pensaba que tenía un segundo nombre, Helenio, con el diminutivo Helenín, y por eso lo de Lenín. ¡Bendita inocencia! Pero no, según supe después se llamaba exactamente como el líder de la Revolución rusa, algo que se hizo costumbre al nombrar a bastantes niños españoles hijos de izquierdistas, y su padre lo era. Ella, la madre de Lenín, a quien se le escapaba en la vejez aquel nombre verdadero y prohibido, había perdido a su marido, muerto de hambre y frío en el penal de Chinchilla, y ella misma había sido castigada al término de la contienda a beber aceite de ricino y dar un vejatorio paseo purgante por la plaza del pueblo serrano donde vivían. Era nuestra familia vecina más cercana, por más que mi madre fuera hija de guardia civil. Otro vecino de aquella calle nuestra había sido todo lo contrario: un inspector de la Benemérita, descubridor y torturador de quienes tenían conductas poco afines con el régimen, pero amado en la senectud por los suyos, que eran cumplidores con la Iglesia y buena gente. Otros vivían con alegría la nueva situación después de soportar la represión de una retaguardia movilizadada por el conflicto y muchos más disimulaban,

porque ¿para qué? Nadie hablaba de nada, o eso parecía, y el dolor, que existía, se vivía por dentro. Para muchos había comenzado el tiempo del perdón, o algo parecido.

Mi madre, que había pasado la guerra en Barcelona, me enseñaba catalán en casa. Unas cuantas frases, unas cuantas canciones y el consabido «esto no lo sueltes por ahí». Era un mundo de silencio en el que, sin embargo, íbamos conociendo retazos de un periodo del que no se puede presumir. Un día escribí una historia de la guerra no para publicar, solo para mi madre, que ella tenía indefectiblemente en su mesita de noche y leía y releía por capítulos sueltos. Me preguntó cómo sabía tanto de aquello, de su vida en la calle Verge de Monserrat en el Guinardó, de sus amigas en Cataluña, del padre de Nuria —el del colmado—, tenor en el coro del Liceo, de los bombardeos y las carreras por una ciudad temerosa y valiente a la vez. Le dije que todo me lo había contado ella en la voz baja de los silencios. Poco antes de su muerte, le faltaban unas horas para expirar, me dijo con una sonrisa inolvidable: «Pedri, ¿por qué no me haces un bocadillo con pan, tomate y jamón y nos vamos a Barcelona?». Y con ese recuerdo de las meriendas de niña en su ciudad, porque Barcelona era la suya de corazón más que ninguna otra, se fue en Albacete cuando entraba el Año Nuevo.

Mi buen amigo Luis Expósito ha escrito este libro, *Nadie puede cambiar el pasado* —en el que hay mucho de la guerra que le precedió, de su idea de la guerra—, en el que hace un enorme ejercicio de equilibrio porque, como dice uno de sus personajes: «Pensar diferente no es como para matarse». Pero en aquel tiempo lo fue. Basta con crear las suficientes condiciones para que germine el odio más brutal.

Estamos ante una novela histórica plagada de conocimiento, investigación, sensibilidad y seguro que de relatos que le han llegado en la discreción de ese mundo del silencio. Se trata de las aventuras de Agustín Lobo, que no voy a

desentrañar demasiado por respeto al autor y a ti, lector, que deberás descubrir poco a poco sus vivencias, que son muchas. Sí quiero decir que he vivido su lectura con pasión porque Luis nos lleva con un relato vigoroso a través de los distintos estadios de la Guerra Civil, desde que se inicia con el levantamiento militar en Marruecos hasta las consecuencias de la misma, la prisión o el exilio. Se trata de una obra documentadísima; es evidente el gran trabajo del autor a la hora de trazar el recorrido personal de Lobo desde la Extremadura represaliada por el General Yagüe, pasando por su ingreso en las fuerzas de la defensa de Madrid y las operaciones en las que participa como agente secreto a las órdenes de la República en los dominios de Queipo de Llano. Pero no se trata solo de una obra de contenido bélico. Es la narración de una vida marcada por los sentimientos maltratados, los amores destruidos... con dos escenarios paralelos: el de Lobo allá donde quiera que esté, y el mundo familiar y sentimental que deja en Extremadura y Madrid. Todo para llevarnos ante la sinrazón de una guerra de la que la que todos, absolutamente todos, podemos sentir algún tipo de vergüenza...

Luis cuenta la historia de Agustín Lobo, personaje central de su novela, como si el narrador fuera una especie de testigo oculto de todo lo que acontece en estas páginas. Es imposible abandonar el relato de un libro que, aunque extenso, se lee de un tirón. Es como si escribiera al dictado de alguien que vivió todo aquello en primera persona, como si las teclas del ordenador corrieran despiadadas para crear centenares de páginas emocionadas. ¿Es eso la pasión?

Hay mucho en esta novela de las grandes lecturas de aquellos que hablaron de la guerra desde la sabiduría. Es evidente que el autor es además un lector enfebrecido de la Historia y el Periodismo con mayúsculas. Por aquí surgen sensaciones de un Foxá, por allí las de Chávez Nogales o el espíritu de Unamuno tan rebelde, tan poco proclive a creer en

la verdad de nadie porque antes se había creído las de todos... Y en medio mucha enciclopedia, muchas páginas subrayadas, mucho estudio para enfocar con ánimo explicativo las claves del porqué y cómo pasaron las cosas.

Pero, además, el libro que empiezas a leer es una advertencia contra la polarización política y contra la guerra. Si me permite Luis, diría que su novela es antibelicista. Todos pierden en un mundo en que la confrontación de las ideas, desde el fascismo al comunismo, es capaz de llevar a un país a la destrucción y el atraso. Nadie cede un centímetro en sus posiciones. Nadie tiene la razón y todos resultan ser víctimas y verdugos, aunque los autores del golpe de Estado que derivó en el conflicto tengan la mayor responsabilidad en esta furia destructiva. Por estas páginas se deslizan la traición, el valor y el señalamiento, la falsedad y la honra como un retrato de aquella sociedad que vivía la guerra y la posguerra como si estuviera en una especie de eterno fingimiento. Lo que tienes en las manos es un relato de algo que fue muy real y que, según vemos, sigue marcando la vida presente y diría que futura de nuestro entorno. Ojalá un día podamos leer estas historias sin que nos hielen el corazón.

PEDRO PIQUERAS  
Periodista

## I. 15 DE SEPTIEMBRE DE 1936

La habitación estaba oscura. Agustín Lobo entró en silencio y encendió el candil de latón. El pequeño Mateo dormía confiado, ajeno a la tragedia que se cernía sobre su vida. Su padre observó con ternura sus negros cabellos, el bracito y las piernas delgadas que emergían de la sábana revuelta, incorporando esa imagen a su banco de recuerdos.

Agustín era consciente de que no tenía alternativa. ¿Cómo aventurar a su hijo en la huida? Percibía en las sienes el retumbar de sus latidos y la sensación de impotencia tensaba su cuerpo como la cuerda de un arco. La mirada de su esposa, aunque invisible, le pesaba; el niño ni siquiera tendría el consuelo de las caricias maternas. Se inclinó sobre él, aspiró con fuerza su aroma para no olvidarlo y le besó la frente con suavidad. Luego, apagó la luz y salió sin girarse.

En la puerta lo esperaba Simona, su madre, una mujer curtida por las fatigas de una vida de escasez continua. Tras la pérdida de su marido, dos años antes, había envejecido deprisa: su moño perenne encaneció, se le achicaron los ojos y solo vestía de negro. Ya no acompañaba sus tareas con el canturreo de coplas, como solía antes.

—Madre, no sabe lo que me duele dejarla en esta situación. —Le cogió las manos—. Pero los fascistas están al caer y vendrán a por mí. Apóyese en Reme —se refería a su hermana mayor—, y no se signifique.

—Descuida, hijo, nos apañaremos. Cuídate y vuelve cuando no haya riesgo. ¡Ah! Si llegas a Madrid, busca a tu hermano. —Simona se esforzaba por ocultar el desánimo que la embargaba.

A madre e hijo les costó deshacer el postrer abrazo. Sus ojos húmedos se miraron unos segundos interminables, sin palabras, con una efusividad sincera. Se despidieron con un hasta pronto, que ambos suponían improbable.

Las primeras luces del alba proyectaban la sombra de Agustín Lobo contra las paredes mientras atravesaba las calles angostas hacia la estación de tren del pueblo. Caminaba deprisa, con el morral a la espalda; entre la ropa y los víveres iban ocultas la pistola y algunas balas. El relente no hacía presagiar el martillo candente que golpearía los campos durante la jornada.

A pesar de su aplomo notó la debilidad en las piernas y una presión en el pecho, barruntando que quizás no volvería a pisar su pueblo ni a ver a los suyos.

De las casas emergían sombras que se incorporaban en silencio al caudal humano que comenzaba a anegar las calles. Se podía escuchar el murmullo de letanías y el rumor del llanto de las despedidas. El canto de los gallos anticipaba puntual el fin de la noche.

Los ojos enrojecidos de Agustín distinguían hebras de humo elevándose sobre los tejados pardos. Procedían de las fogatas del campamento improvisado que, desde hacía días, albergaba a la multitud de fugitivos llegada a Fregenal de la Sierra. Era gente sencilla procedente de pueblos de Badajoz, Huelva y Sevilla. Compartían la desesperación y el miedo por el avance del ejército sublevado, que los había empujado como una mano gigantesca hasta aquel refugio de tránsito.

Camino de la estación se desvió al «Cinema Bravo», el edificio modernista asentado entre las columnas porticadas de la plaza del Ayuntamiento. En el balcón de forja de su fachada flameaba la bandera tricolor y en su interior se hallaban recluidos derechistas y oligarcas del pueblo desde finales de julio. Entre ellos, Manuel Barrero, El Gacho, su mejor amigo, y don Rogelio, el padre de este. Así lo había decidido



el Comité Local de Defensa de la República constituido tras el alzamiento militar.

Al pensar en su amigo recordó travesuras infantiles, como la de aquella mañana de verano en la que el tío Basilio los sorprendió bañándose en su alberca y tuvieron que huir semidesnudos, o las escaladas furtivas a la tapia de los toriles de la plaza para ver las reses. Le vinieron a la mente aquellas tardes de invierno en la casa de El Gacho, el sabor a bizcocho y chocolate: «Vamos, chicos, que se enfría», les decía la madre. Y la lectura de las aventuras de su héroe compartido, el conde de Montecristo: Manuel era Edmundo y él Dantés. Luego, ya con el pantalón largo que marcaba el fin de la niñez, los domingos de baile y escarceo con las mozas del pueblo, las peleas y otros alardes de hombría. Siempre juntos, compartiéndolo todo, hasta que él se fue a la Guerra de Marruecos, de la que se trajo el chirlo en la barbilla.

Se habían sucedido conatos de linchamiento a los inquilinos del «Cinema»: las noticias sobre las masacres de las tropas rebeldes en la provincia enervaron los ánimos en el pueblo e hicieron aflorar odios largo tiempo larvados. Solo la actuación decidida de Victoriano Cordero, el alcalde, y otros izquierdistas templados, impidió que se reprodujera la carnicería acaecida en otros pueblos de la provincia.

El Gacho nunca se significó en política; su estigma de culpabilidad consistía en ser una persona de orden, asidua a la iglesia y con un negocio próspero. Lo suficiente para correr peligro en aquel tiempo de incertidumbre y brutalidad. Lo que más temía, sin ser ni mucho menos cobarde, eran las posibles represalias contra su familia: «Por favor, protege a mi mujer y a mi madre de esos exaltados» —era hijo único—; así se lo había dicho a Agustín en su última visita.

Cuando el miliciano de guardia le franqueó el acceso al «Cinema» se topó con una vaharada de olor nauseabundo, una mezcla de sudor rancio, detritus y tabaco, macerada por

la calorina estival. Decenas de hombres se hacinaban en el suelo del vestíbulo, entre colillas y restos de comida. Enseguida lo distinguió, acurrucado en los peldaños de una escalera, y se abrió paso hacia él sorteando cuerpos doblegados. Cuando estuvo frente a El Gacho lo encontró más delgado de lo habitual, con su pelo cano revuelto y el rostro inclinado sobre las manos entrelazadas en las rodillas. Le tocó un hombro con suavidad a modo de saludo.

Manuel separó las manos y elevó la vista despacio, lo que permitió a su amigo apreciar las ojeras violáceas, la palidez de su rostro y el azul turbio de su mirada. Eran las marcas de la desesperación y el cautiverio.

—¡No sé cómo te atreves a venir aquí después de lo de mi padre! —le espetó El Gacho con la voz entrecortada por la emoción.

—¿Qué pasa con don Rogelio, Manuel? —expresó Agustín con sorpresa.

—Murió ayer en esta sucia ratonera —respondió seco El Gacho.

—¿Tu padre? Pero si me garantizaron que...

Manuel no le dejó terminar.

—No le han matado con balas: se ha muerto de pena y miedo. Su corazón no pudo resistir tanto odio, ni la vergüenza de las humillaciones, ni el temor por la familia. Te juro, por lo más sagrado, que esto no lo voy a olvidar.

—Cuánto lo siento, amigo —dijo mientras bajaba los párpados—; ya sabes el aprecio que le tenía y lo mucho que lo respetaba. Desde que perdí al mío lo consideraba un poco mi padre.

Sin decir más ayudó a levantarse a El Gacho y le dio un abrazo, al que este respondió sin poder contener el llanto reprimido. Luego fumaron juntos, en silencio.

—Manuel, me voy del pueblo hoy mismo. —Hizo una pausa—. Las columnas rebeldes están cerca y no puedo arriesgar-me. Mateo se queda con mi madre; es demasiado chico para

llevármelo. ¡No te tengo que decir nada! –Posó sus manos en los hombros del amigo mientras lo miraba a los ojos.

–Ya sabes que puedes contar conmigo. –Buscó los ojos de Agustín-. Joder, ¿cómo hemos podido llegar a esta situación? Guárdate, amigo, esquiva la muerte como supiste hacerlo en la Legión. Dame otro abrazo, joder –se despidió, sin certeza alguna sobre su propio destino.

Antes de salir, Agustín le aseguró que su padre tendría un entierro decente.

Los aledaños de la estación estaban ocupados por miles de figuras desorientadas y taciturnas: familias completas, campesinos, políticos, mineros y milicianos que dejaban atrás a los suyos. Los acompañaban decenas de bestias de carga que componían una sonata estrepitosa con el repicar de sus cascos y el entrechocar de los enseres amarrados a sus lomos.

Entre voces de adultos, llantos de niños y órdenes de mando apresuradas, la multitud legañosa se preparaba para la partida. Ese quince de septiembre era el día elegido para escapar del cerco inminente, tal y como se había decidido en la concurrida reunión de autoridades republicanas celebrada en Valencia del Ventoso.

Mientras atravesaba con dificultad el laberinto humano, Agustín podía observar a madres que alimentaban a sus hijos, algunos todavía de pecho, a hombres y niños que acarreaban agua o ajustaban las cinchas de las bestias y los corrillos de milicianos que engrasaban sus armas mientras charlaban. Olía a comida, ropa sucia, desesperación y miseria.

De repente se topó con los ojos marrón verdoso de esa mujer delgada. El lunar de su mejilla derecha le pareció más oscuro; sus marcadas ojeras hablaban de dolor y melancolía. A pesar de su andar cansino, pensó que iba a unírseles.

–Lola, qué alegría. ¿Y tus cosas? –La miró dudoso.

–Me quedo. Solo he venido a despedirme. –Sobre las palabras de la mujer flotaba el reproche.

—¿No te llegó mi mensaje? Aquí corres peligro; lo sabes.

—Hay sentimientos que duelen más que los golpes. —El semblante de Lola se clavaría en la memoria del que fuera su amante como un aguijón.

Agustín no consiguió que cambiara de idea y, pesaroso, vio perderse su figura entre el gentío. La Caraba —que así la llamaban— era consciente de que algo había cambiado en el corazón del hombre al que amaba. La alegría y la esperanza de esta mujer madura se marchaban con él.

\*\*\*

Como secretario local del sindicato socialista de los trabajadores de la tierra, Agustín formaba parte del grupo que coordinaría la columna, por lo que se unió a la reunión en la oficina del jefe de estación. Apiñados en la pequeña sala, entre carteles y utensilios con el distintivo de la ferroviaria ZH se encontraban compañeros del sindicato, políticos, militares y expertos de la geografía de la región. El ambiente estaba cargado de humo de tabaco y los rostros reflejaban la tensión del momento. El capitán Serrano, un militar profesional magro de carnes, impuso silencio con su mirada y tomó la palabra.

—Nuestra única posibilidad es llegar a Azuaga, todavía en zona republicana. Son algo más de cien kilómetros, de cuatro a cinco jornadas con la gente que llevamos —hizo una pausa e inclinó la cabeza sobre el escritorio—. Hay dos puntos críticos: el cruce de la Vía de la Plata por Fuente de Cantos y la estación de Fuente del Arco —les dijo, y señaló los mismos con un lápiz en el mapa desplegado frente a él.

Serrano explicó con ademanes enérgicos que la vanguardia de la marcha la ocuparía una sección de milicianos en descubierta, mientras que otros se situarían en los flancos y la retaguardia. Los guías se destacarían de la columna para se-

leccionar los caminos; entre otros contaban con un tal Peñas, de Fuente de Cantos, que había trabajado como medidor de tierras en la comarca. Los elegidos como enlaces de órdenes, con un brazalete distintivo, transmitirían las instrucciones a los diferentes tramos de la columna.

–Aunque haya rezagados, no podemos parar, ¿entendido? –El capitán se colocó la gorra, en la que brillaban las estrellas de su rango, miró a los presentes y los invitó a preguntar.

–¿Qué hay de la comida y el agua? –planteó un concejal de Jerez de los Caballeros con barba de varios días y unas gafas redondas de cristal grueso.

–Llevamos mulas cargadas con comida y agua; también algunas reses requisadas. Aunque no les engaño: llegado el caso cada grupo tendrá que apañárselas por su cuenta.

Agustín levantó el brazo y pidió la palabra:

–¿Habéis observado a la pobre gente acampada ahí fuera? Hay mujeres, niños y ancianos. Conozco la dureza del terreno y os aseguro que, con este calor y mal calzados, la mayoría no lo conseguirá. Puede que si los dejamos aquí tengan más posibilidades de sobrevivir. –Escuchó el murmullo ocasionado por sus palabras.

–Puede que tengas razón, compañero –contestó un miliciano anarquista con pistola al cinto–. Pero están muy asustados por lo que han oído contar de otros pueblos y, aunque nadie los obliga, creo que la mayoría prefiere seguir la suerte del cabeza de familia.

El capitán eludió la polémica y, tras otro par de intervenciones, dio por terminada la reunión:

–¡En media hora salimos! ¡Avisad a todos! –Lo que no contó es que se había decidido liberar al día siguiente a los recluidos en el «Cinema» para evitar represalias cuando los rebeldes ocuparan el pueblo.

La columna se desperezó y se puso en marcha con lentitud, adentrándose en el camino viejo de Fregenal en dirección este, con el objetivo de alcanzar Segura de León al anoecer.

Muchos vecinos se agolpaban a las afueras para despedirlos; gritaban palabras de ánimo, vivas y proclamas. Algunos les entregaban pan, otros leche o tabaco. Mientras unos los compadecían por su destino incierto, otros los envidiaban, pues temían lo peor cuando la zona fuese ocupada. «¿Qué será de nosotros?», conjeturaban los que no habían tenido el valor de acompañarlos.

No menos de tres horas transcurrieron hasta que los últimos salieron en pos de la estela de polvo que levantaban miles de pies sobre la tierra seca. El estruendo producido por el desplazamiento de hombres y bestias se podía escuchar desde lejos. Despobladas sus calles, Fregenal se sumió después en un silencio tenso. En muchas de las casas se destruían papeles comprometedores y sus moradores entretenían el miedo a base de charla y alcohol. En otras se rezaba por la liberación que supondría la entrada de las tropas rebeldes.

Incluso a sabiendas de que se la jugaban, buena parte de la corporación municipal permaneció en su puesto, mientras que la mayoría de los policías municipales se había unido a la columna que se dirigía a zona republicana. Por orden del Gobierno, las fuerzas locales de la Guardia Civil habían sido concentradas en Badajoz al poco de estallar la sublevación. El contingente militar que ocuparía el pueblo tres días después no encontraría resistencia.

La columna había dejado atrás la finca de «Los Arales» y avanzaba a marchas forzadas bajo un cielo huérfano de nubes; las únicas sombras eran las de los propios caminantes. El sol quemaba como el hierro de marcar reses y el agua había de racionarse, pues los arroyos estaban secos y todavía quedaba lejos el río Ardila. Los guijarros del camino castigaban contumaces las plantas de los pies, apenas protegidas por cal-

zados toscos. Las ampollas y las rozaduras no tardarían en aparecer.

La gente dosificaba también sus palabras; no les quedaba saliva ni humor para conversar. Su silencio se rompía solo por el canto rechinante de las chicharras y el llanto de los niños. Por el momento no se observaban elementos sospechosos en el horizonte, por lo que, tras unas tres horas de marcha, se ordenó una parada para reponer fuerzas; los más frágiles estaban exhaustos.

En su función de enlace, Agustín se movía sin descanso por el espacio que abarcaba su tramo de la columna. Solucionaba problemas menores, brindaba palabras de aliento y acudía en busca de los sanitarios cuando era preciso. Aunque su mente estaba muy ocupada recordó las despedidas del día anterior: la de su hermana y su cuñado, que no temían a la ocupación; la de Marcelino, su mentor sindical y amigo, que había optado por dirigirse a la frontera de Portugal con su familia.

Tras comer pan y un trozo de queso duro, que a la postre aumentaría su sed, atravesó la dehesa en la que habían acampado y se dirigió al puesto de mando para solicitar órdenes.

Encontró al capitán Serrano bajo la exigua sombra de una encina. Se había desprendido de las botas de cuero y de su guerrera, oscurecida por el sudor. Acompañado de dos de sus hombres cortaba una porción de sandía con la navaja.

—Capitán, ¿a qué hora reemprendemos la marcha?  
—Agustín hizo una pausa—. Si la gente se acomoda luego costará moverla.

—Tiene razón, pero vamos a dejarles respirar un poco. No recuerdo su nombre —dijo Serrano en forma de pregunta.

—Agustín Lobo, de la FETT. Nos presentaron en la estación.

—Por su forma de moverse apostaría a que ha estado usted en el Ejército.

–Claro, como la mayoría –contestó sin aportar más información.

Su experiencia castrense impulsó al ex legionario a interesarse por el armamento de que disponían en la columna y la comunicación con la posición de Azuaga. Le contestó un subordinado de Serrano, el que ostentaba el distintivo de brigada en la gorra. Tenía las trazas típicas de los suboficiales chusqueros y su rostro estaba congestionado por el calor.

–Con su permiso, mi capitán –dijo antes de dirigirse a Agustín–. Tuvimos el último contacto con Azuaga esta mañana; la radio no funciona. En cuanto a lo otro, contamos con algunos fusiles de los carabineros y la casa cuartel de Fregenal; unos dos centenares de escopetas de caza y algunas bombas caseras –respondió el brigada Tendilla con gesto de resignación.

–Basta –cortó el capitán al lenguaraz brigada–. Sabremos defendernos si llega el caso. Usted vuelva a su grupo; nos vamos en quince minutos –le ordenó a Agustín.

La columna reinició la marcha en dirección a Segura de León que, según un vecino huido de allí, había sido ocupado el día anterior: «Han *metío* presos a los partidarios republicanos en el castillo de la Orden de Santiago», informó al mando. Al conocer esa circunstancia, los guías recomendaron desviarse por la cañada real leonesa para evitar el pueblo. El lazo iba cerrándose alrededor de los miles de personas que formaban esa procesión desesperada.

El sol comenzaba a ocultarse por la raya de Portugal cuando llegaron a una vaguada propicia para acampar. Tras más de veinte kilómetros de grava y calor, el agotamiento había hecho presa en la mayoría. Las úlceras en los pies, los dolores musculares y las quemaduras en la piel mortificaban a los menos curtidos y hasta los más habituados a la intemperie ansiaban la parada. Se establecieron guardias de milicianos armados en el perímetro y se dio la orden de acampar.